

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXXIII —

- C. COLLODI (1826-1890).—*Las aventuras de Pinoquio. Historia de un Títere.* Traducida directamente del italiano para “La Tribuna” y editada por Antonio José Restrepo (1855-1933). Ilustrada por E. Mazzanti y G. Esperón. Imprenta de “La Tribuna” editorial. Bogotá, 1913. VII, 249 págs. 21½ x 16 ctsm.

El mundialmente célebre Carlo Collodi no es sino el seudónimo de Carlo Lorenzini, escritor italiano nacido en 1826 y muerto en 1890, quien hacia 1878 comenzó a publicar por entregas, en el *Giornale per Bambini*, una singularísima obra, *Le avventure di Pinocchio. Storia de un burattino*, compuesta, al decir de algunos, en una sola noche, en ocasión de tener que pagar el autor una deuda de juego. La cual obra, editada luego en volumen, en la ciudad de Florencia, en 1883, con ilustraciones de Mazzanti, dio la vuelta al mundo, traducida no solo en la mayor parte de los idiomas civilizados de la tierra, sino también en varios dialectos y aun puesta en latín, con el título de *De mira vita Pinoculi*, por el eminente profesor Henrico Maffacini, como puede verse en la suntuosa edición del Marzocco, de Florencia, publicada no ha más de tres lustros, y que, en parte al menos, fue reproducida en la excelente y extinta revista *Gymnasium*, del Seminario Claretiano de Bosa, Cundinamarca, por allá en 1952 y 1953.

Entre las doscientas y más traducciones que se han hecho de *Le avventure di Pinocchio*, hay una, la de nuestro compatriota D. Antonio José Restrepo, aditada por el propio traductor, en la Imprenta de “La Tribuna”, diario dirigido por aquel, al promediar el año de 1913. Es a este título —por traducida por autor colombiano y editada en Colombia— por lo que figura en estos apuntes de bibliografía nacional. Y porque se trata, además, de un libro no menos raro que curioso, del que no hemos visto referencia alguna, ni siquiera en las obras de biografía y crítica literaria que pretenden agotar la materia investigativa relacionada con la vida y la obra del publicista antioqueño, como las suscritas por Benigno A. Gutiérrez y Alirio Gómez Picón, entre otras.

La propiedad literaria de la traducción de esta obra fue registrada, como en la anteportada se anuncia, en la forma y términos prescritos por la ley.

La crítica universal ha reputado el Pinoquio de Collodi como una obra maestra de la literatura infantil italiana, solo comparable con el célebrimo *Corazón*, de Edmundo D'Amicis.

El argumento de Pinoquio se reduce sencillamente a una serie de estupendas aventuras de un títere o muñeco de madera que en manos del carpintero Mastr'Antonio, apellidado por sus camaradas Mastro Ciliegia, o Cereza, cobra vida, en ocasión en que se disponía a utilizar un pedazo de madera, destinada al fuego, para componer la pata de una mesa.

El maestro Cereza, o maestro Breva, como traduce Restrepo, con muy castizo acierto, regala el leño a su amigo Geppetto, o Chepito, que diría el traductor, quien hace de la arbórea raíz un títere maravilloso que canta, baila, hace esgrima y da saltos mortales. Lo bautiza con un nombre inmortal: Pinoquio. Sus travesuras comienzan cuando el raro artifice aun no ha terminado su mágica obra: apenas le ha formado las piernas, cuando Pinoquio toma las de Villadiego, puertas afuera. Chepito, asustado, sale en seguimiento del muñeco, pero un polizonte se interpone en su camino, y en vez de ayudarle a capturar al títere, se lo lleva preso consigo. Entre tanto, Pinoquio se ha hecho encontradizo con un Grillo parlante, que le reprocha la mala acción de su escapada, por lo cual el títere lo aplasta de un martillazo. No puede satisfacer el hambre, porque a punto de prepararse a freír un huevo, la fritura se le vuela por la ventana. En cambio de un trozo de pan que angustiosamente demanda, un vecino le arroja un caldero de agua helada. Y al tratar de conciliar el sueño y de entrar en calor, tendiéndose junto a una estufa, se le quemán los pies.

Chepito ha vuelto a casa, libre de la prisión, mientras todo eso le ocurría a su querido títere. Y el hombre, condolido de las peripecias del muñeco, le obsequia las provisiones que había conseguido para sí, y lo viste primorosamente. No es todo: deseoso de mandarlo a la escuela, vende su propia chaqueta para comprarle la cartilla. Así lo desea Pinoquio, pero sus buenas intenciones se esfuman cuando oye la música de un teatro de marionetas, para entrar al cual nuestro títere vende la cartilla que Chepito le había comprado.

En el teatro le suceden otras muchas no oídas aventuras: los títeres reconocen en Pinoquio a un hermano y arman formidable escándalo, con gran disgusto del público asistente. Interviene el titerero, Comecandela, y Pinoquio se ve por ello en grandes aprietos. Con todo, Comecandela, que era en el fondo un bonísimo hombre, no solo perdona a Pinoquio, sino que le regala cinco monedas de oro, para que se las lleve a su padre, es decir, a su babbo Chepito. Pero el muñeco, lejos de cumplirlo, se deja engañar por la Zorra y el Gato, y se marcha con ellos a la Hostería del Cangrejo Rojo, donde, tras suculenta cena, le roban su tesoro, colgándolo de las ramas de una grande encina. Es entonces cuando aparece la linda niña de los cabellos turquíes, quien salva al infeliz, lo lleva a su lecho y llama a tres insignes galenos un cuervo, un mochuelo y un grillo parlante, para que lo curen.

Como todo muchacho, de los cuales es viva imagen Pinoquio, se come el azúcar pero se resiste a tomar un purgante. Solo cuando advierte a los sepultureros que vienen por él, se decide a purgarse. Una vez restable-

cido, Pinoquio abandona a la linda niña de los cabellos turquíes, y se va a buscar a Chepito. En el camino torna a encontrarse con la Zorra y el Gato, quienes lo persuaden a sembrar sus monedas de oro en el Campo de los Milagros. Pinoquio cae en el garlito, los bribones le roban sus cuatro monedas, denuncia el hecho al juez del país de Atrapa-Pillos, y el juez, un viejo mono, ¡como tántos otros de su jaez!, en lugar de hacerle justicia, lo mete a la cárcel. Libre al fin de la prisión, intenta volver a la casa de la linda niña de los cabellos turquíes, pero en el camino tropieza con una enorme serpiente, y luego cae en una trampa puesta por un granjero, quien lo obliga a hacer de perro guardián en un gallinero. Libra más tarde a su amo de los ladrones, y en recompensa, se le devuelve la perdida libertad.

Una vez más, el recuerdo de la linda niña de los cabellos turquíes lo impele a volver a su lado. Se pone en camino, y al llegar a la comarca donde otrora se alzaba la casita blanca donde fue cuidadosamente atendido, no la encuentra. Desesperado, se pone a buscarla, cuando tropieza con una lápida de mármol sobre la cual se leían, en caracteres grabados, estas palabras desoladoras:

AQUI YACE

LA NIÑA DE CABELLOS TURQUIES.

MUERTA DE DOLOR

POR EL ABANDONO EN QUE LA DEJO

SU HERMANITO PINOQUIO.

Más tarde encuentra un palomo benevolente, que lo lleva en ancas a la orilla del mar, donde se ha embarcado su babbo Chepito. Pinoquio se lanza a las olas para salvarlo, cuando la embarcación zozobra. Pero la marea lo conduce a la Isla de las Abejas Industriosas, donde encuentra a una mujer a quien ayuda a llevar un cántaro. A poco la reconoce: ¡es su Hada, la linda niña de los cabellos turquíes!

La benéfica influencia de su protectora hace que el muñeco prometa cambiar de vida, y estudiar mucho, porque está aburrido de ser títere y quiere convertirse en un niño formal. Sin embargo, sus buenas intenciones naufragan por la seducción de los malos compañeros de escuela, quienes lo llevan a la playa a conocer al terrible pez Traga-Mares. Cuando se da cuenta de que ha sido burlado, entraba gran batalla con sus compañeros. Y como uno de estos quedase herido, huye Pinoquio para no caer en manos de los carabineros. Pero cae en las mallas de un pescador, quien por poco lo echa a freír, confundiéendolo con un pez. Puesto a salvo, retorna junto a la niña de cabellos turquíes, quien le promete convertirlo en un lindo niño formalito. Con gran té de café con leche se celebra el futuro extraordinario acontecimiento.

Sin embargo, en vez de convertirse en niño bueno, el muñeco vuelve a las andadas y en compañía de su amigo Pabilo se marcha a escondidas al País de las Diversiones, donde todas las semanas constan de seis jueves y un domingo, y en donde las vacaciones principian el primero de enero y terminan el 31 de diciembre. Al cabo de cinco meses de permanen-

cia en semejante país, Pinoquio se percata de que le apuntaban un par de grandísimas orejas de asno, y luego quedó convertido en un perfecto burro con cola y todo, lanzando estupendos rebuznos.

Puesto a la venta, compra el asno el director de una compañía de payasos, y lo destina a bailar y saltar el aro. Lo hace tan bien, que se anuncian sus números en carteles como este:

GRAN FUNCION DE GALA

Para esta noche
tendrán lugar los maravillosos saltos y
ejercicios sorprendentes
ejecutados por todos los artistas y por todos los caballos
de ambos sexos de la Compañía. Y luego, será presentado
por la primera vez el famoso

BURRITO PINOQUIO

llamado

La Estrella de la Danza.

El Teatro estará iluminado a giorno.

Pero una vez, en plena función, el asnito Pinoquio ve a su Hada, a la linda niña de los cabellos turquíes, entre los espectadores. Y su emoción lo inutiliza para sus trabajos de circo. Se enreda en los aros, y cae, rompiéndose una pata. Su amo, lo vende, por inútil, a un mercader, que pretende sacar la piel del asno inválido para un tambor. Con tal propósito, lo arroja al mar, para ahogarlo. Pero cuando hala de la cuerda para levantarlo a la superficie advierte, con estupor, que es un muñeco de palo el que ha sido izado, y no un borrico. Pero cuando se acercaba a la orilla, es devorado por el monstruo Traga-Mares.

En el vientre del gigantesco pez, Pinoquio encuentra nada menos que a Chepito, quien vive allí a favor de las inmensas reservas que guarda el monstruo en su estómago. Por fin, el muñeco y su babbo logran salir de semejante lugar, y arribar a la playa, con ayuda de un atún amigo.

Es la última aventura. Después de ella, gracias a la intervención de su Hada, la linda niña de los cabellos turquíes, Pinoquio deja de ser el títere de madera y se convierte, definitivamente, en un hermoso niño. Así le había pagado el Hada al muñeco su buen corazón y la bondad con que la socorrió un día y el cariño con que ayudó a su padre, cuando salieron del vientre del Traga-Mares.

El muñeco se torna niño de un momento a otro, como quien despierta de un fantástico sueño. Todo lo ve diferente. No da crédito a sus ojos. Quiere convencerse de lo que ve y palpa, llama a su padre, lo encuentra y le pregunta:

“Sácame de esta curiosidad, babbino mío: ¿cómo se explica todo este cambio de un momento a otro? —preguntó Pinoquio abrazando y cubriendo de besos al viejecito.

—El cambio repentino que ha habido en nuestra casa se te debe a tí —dijo Chepito.

—¿Y por qué a mí?

—Porque cuando los niños malos se cambian en niños buenos, tienen la virtud de hacer aparecer con aspecto nuevo y sonriente aun a las viejas casas de sus familias!

—¿Y qué se haría el viejo títere de palo? ¿Se escondería quizá?

—Aquí lo tienes —replicó Chepito y le enseñó un títere grande, apoyado en una silla, con la cabeza inclinada, los brazos estirados y las piernas dobladas, de tal manera que parecía un milagro el que se hubiera podido tener en pie.

Pinoquio se quedó mirándolo, y luego que lo hubo contemplado por un rato, dijo para sus adentros y con grandísima complacencia:

—¡Qué gracioso y qué cómico fui de títere; pero cómo gozo de verme ahora convertido en un niño de verdad!...” (Págs. 243-244).

Las excelencias de la mundialmente famosa obra de Collodi, las dijo, en brevísima síntesis, su afortunado traductor colombiano, en las palabras preliminares con que ilustró su magnífica versión, de esta manera:

“Al dar a conocer en Colombia, por la primera vez, la obra inmortal de Collodi, queremos decir cuatro palabras a nuestros lectores, sobre ella y sobre la traducción que hoy les presentamos.

Pinoquio —como todas las grandes obras morales de imaginación— está escrito con gracia y sencillez, al alcance de los niños, con tanta elevación de sentimientos, que cada frase contiene una enseñanza y cada episodio es un apólogo. El títere labrado por el compadre Chepe, es un niño travieso, que sabe dar ejemplo y deleitar a la vez a esos pequeños lectores, cuya sensibilidad exquisita se aviva con la narración, palpita con las peripecias del héroe de palo y con todos los animales que el autor agrupa alrededor de aquel, siendo cada uno de ellos otro interesante personaje de la ingeniosa historieta. Con razón se le ha llamado el *Quijote de los niños*, y es tan popular en Italia como el asendereado Manchego en las Castillas. Tiene ya los honores del cinematógrafo, y ahora que los italianos han realizado su sueño de llevar la bandera de la patria a la Libia de sus mayores, para cimentar sus conquistas, hacerlas conocer y endilgarlos a poseerlas, cultivarlas y embellecerlas, al lado de sus soldados, de sus comerciantes y agricultores, han enviado a *Pinoquio* a regar sus sales por aquellas tierras y a dar en ellas lecciones de patriotismo al alcance de todas las inteligencias. Collodi fue suplicado para que hiciera esa segunda parte de su libro y ganara con ella batallas más decisivas sobre turcos y moriscos, que las de los Capitanes de Víctor Manuel.

Pinoquio a Tripoli se llama esa segunda parte, que también haremos conocer a los lectores de *La Tribuna* en su debida oportunidad.

La traducción es tan literal como lo permiten las dos lenguas, conservando en nuestro español todo el sabor especial del texto y aun sus giros

y repeticiones, que le prestan su encanto natural narrativo y llevan a la mente infantil, con las imágenes pintorescas y el martilleo de la aliteración, las ideas abstractas de moral y de virtud sembradas en este librito por el cariñoso y profundo filósofo cristiano que tuvo la buena inspiración de escribirlo.

El amor paternal y los sacrificios que él impone están personalizados en Chepito; y todos los niños con sus escapadas y picardías, con sus arrepentimientos y propósitos de enmienda, son otros tantos Pinoquios, que ojalá aprendan de este a rescatar con ternura y solicitud inagotable los pesares y cuidados con que afligieron pasajeramente a sus *babbos* (padres).

Hemos creído prestar un pequeño servicio a las letras patrias, o por lo menos a la literatura de las escuelas, incorporando en ellas el primer libro que los descendientes de Fedro y Esopo ponen en las manos de sus niños" (Págs. V-VII).

Antonio José Restrepo, que maneja un castellano de la época áurea, le dio a su versión del Pinoquio todo el encanto que poseen las mejores obras de imaginación, escritas en la rancia habla española.

Gran servicio, pues, les hiciera a las letras patrias quien emprendiese en la reedición del Pinoquio, en la magistral versión castellana de Antonio José Restrepo. Tanto mas cuanto que son muy raros los libros de imaginación y fondo moral que pueden ponerse, entre nosotros, en manos de los niños.

La edición bogotana de la obra capital de Collodi es poco menos que desconocida. Y ni por los méritos de ella ni por las calidades de la excelente traducción castellana, merece suerte semejante, olvido tan injusto. El cual es tan completo que no se hace de ella la menor referencia ni siquiera en ese admirable emporio de erudición que compuso, como tesis para el doctorado en letras, doña Olga Castilla Barrios, con el título de *Breve Bosquejo de la Literatura Infantil Colombiana*, en donde se reseña cuanto se ha producido en el país, en esas materias, desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días.